

§ IV.—El cristianismo vencedor.—Apreciación de la lucha.

Dícese que Juliano, herido mortalmente, tomó en su mano algunas gotas de su sangre y las arrojó hacia el cielo, diciendo: «Venciste, Galileo» (1). Esta palabra célebre, aun cuando sea supuesta, parece caracterizar el final de la lucha: el cristianismo quedó vencedor. La filosofía tuvo aún en Atenas algunos días gloriosos, pero desapareció bien pronto con la civilización que le había dado origen. Cuando Justiniano cerró las últimas escuelas de filosofía, el neo-platonismo estaba espirando (2). En el mundo occidental la filosofía había enmudecido hacia mucho tiempo: «Apénas, dice Agustín, se oye hablar de las disputas de las antiguas sectas en las escuelas de los retóricos. Ante la verdad, de que la Iglesia es depositaria, no se levanta ya ningún sistema filosófico; el error, para hacerse escuchar, tiene que adoptar las apariencias de la religión» (3).

Sin embargo, la victoria del cristianismo no es más que aparente. La filosofía es uno de los elementos esenciales de la naturaleza humana; puede desaparecer temporalmente, pero no puede perecer. Pero ¿por qué el cristianismo ha triunfado de la filosofía? El cristianismo reunió en su dogma todas las verdades esenciales desarrolladas por los filósofos, separándolas de los errores con que iban mezcladas; imprimió la certidumbre de la fe á lo que constituía el objeto de las discusiones y de las dudas; comunicó á todos los fieles, bajo la forma de creencias, las enseñanzas de la filosofía, que hasta entónces habían sido patrimonio de corto número de inteligencias. La humanidad encontraba, pues, en el cristianismo satisfacción á sus necesidades intelectuales y religiosas. Por esto Jesucristo triunfó de los filósofos.

Entre los diversos sistemas filosóficos, los únicos que merecen

(1) THEODORET., *Hist. Eccl.*, III, 25.

(2) SIMON, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. II, p. 685.

(3) AUGUSTIN., *epist.* 118, C. *epist.* § 1.

ser comparados con el cristianismo son los que se derivan de la doctrina de Sócrates. Los Padres de la Iglesia han creído encontrar en Platon y su escuela el dogma de la Trinidad. Verdad es que el filósofo griego realiza en la teología un progreso inmenso; sin embargo, su concepción de Dios es todavía vaga, y en parte hasta contradictoria (1). No da cuenta de las relaciones que unen á la criatura con el Creador; no explica cómo la humanidad existe en la naturaleza divina sin confundirse con ella. De aquí el escollo del panteísmo, vicio más ó menos oculto de toda la filosofía antigua. La moral se resintió de este vicio. Sabidos son los monstruosos errores en que incurrió Platon (2), por haber desconocido los derechos de la individualidad humana. Con razón se indignan los Padres de la Iglesia de semejantes enormidades (3).

La teología desciende en Aristóteles. No pueden criticarse al discípulo de Platon las contradicciones de su maestro; pero el Dios del gran metafísico ha perdido parte de sus cualidades esenciales: los Padres de la Iglesia han preguntado con asombro cómo era posible concebir la divinidad sin atribuirle la idea de providencia (4). Aun cuando Aristóteles rechaza las aberraciones de Platon acerca del comunismo, su moral sigue siendo la de la antigüedad pagana; se cuida tan poco de los derechos de la personalidad humana, que llega hasta convertir el aborto en una prescripción legal.

La noción de Dios es también la parte débil de la escuela estoíca. El panteísmo aparece en ella con sus funestas consecuencias; ya no hay gobierno providencial; el fatalismo rige al mundo (5). Los estoicos compensan los vicios de su teología con la severidad de su moral. Pero los Padres de la Iglesia los censuran con razón por haber traspasado los límites de la naturaleza humana, que-

(1) VACHEROT, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. I, p. 304.—SIMON, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. I, p. 71.

(2) Véanse los tomos I y II de mis *Estudios*.

(3) THEOPHYL., *ad Autolyc.* II, 6.—LACTANT., *Div. Inst.* III, 19.—EUSEB., *Præpar. Evang.*, XIII, 19.—THEODORET., *Serm. adv. Græc.*, IX (t. IV, p. 618).—SALVIAN., *De Gubern. Dei*, VII, p. 185.

(4) EUSEB., *Præpar. Evang.*, XV, 5.

(5) IBID., *Præpar. Evang.*, VII, 1; XV, 16.—ORÍGEN., c. *Cels.*, III, 75.

riendo destruir las pasiones en lugar de corregirlas (1). La dulzura evangélica se subleva contra una doctrina que condena la piedad como un vicio y que no distingue diversos grados en las faltas (2). Quiriendo curar el alma, el estoicismo la vicia; rompe los vínculos de la sociedad humana, cuya existencia, sin embargo, reconoce. A esta filosofía inhumana oponen los Santos Padres la caridad cristiana. En Roma existía más bien la palabra *humanidad* que la cosa; el cristianismo convirtió el instinto en una idea y un sentimiento: «La humanidad es el vínculo que une á los hombres; Dios nos ha hecho hermanos para que nos amemos y nos alegremos en nuestros semejantes» (3).

El neoplatonismo es de todas las escuelas filosóficas la que más se acerca á la doctrina cristiana. Pero la teología alejandrina descansa en un error fundamental: considera á Dios como inaccesible é incomunicable. Roto de esta manera el vínculo entre el Creador y la criatura, trata inútilmente de restablecerlo por medio de una serie de hipostasis y de emanaciones. Hoy opinamos, como San Pablo, que el mundo está en comunión permanente con Dios, de quien es la manifestación en el tiempo y en el espacio. Esta sociedad del hombre con la divinidad constituye la superioridad del cristianismo sobre la filosofía antigua. Entre la naturaleza divina y la naturaleza humana no hay más que la diferencia de lo perfecto á lo imperfecto. La distancia, por inmensa que sea, no abre un abismo entre la criatura y el Creador. Por el contrario, el destino del hombre es acercarse á la perfección divina por medio de un trabajo incesante: «*Sed perfectos como vuestro Padre que está en el cielo.*» ¿Cuál es el camino para llegar á esta perfección? La caridad, es decir, el sacrificio por sus semejantes, la abnegación de la personalidad. El neoplatonismo llega á consecuencias muy diferentes. Cuando la personalidad desaparece en Dios, no puede subsistir en el hombre. De aquí una inevitable tendencia hácia el panteísmo. Los neoplatónicos, extraviados por un falso concepto de la Divinidad, extraviados por un espiritualismo exce-

(1) LACTANT., *Div. Inst.* VI, 15.—AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, XIV, 9, 6.

(2) IBID., *Div. Inst.*, III, 23.—AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, IX, 5; *epist.* 104, §§ 13, 15, 16.

(3) LACTANT., *Divin. Inst.* VI, 10.

sivo, consideraron el éxtasis como el ideal de la vida, lo cual conducía á absorber el alma en el seno de Dios, océano de la unidad (1).

Los neoplatónicos tenían la pretensión de satisfacer á las necesidades religiosas de la humanidad; en esto se distinguen de las demás escuelas filosóficas, y esta ambición es la que presta tanto interés á su lucha con el cristianismo. Su tentativa de restaurar el politeísmo nos parece hoy tan absurda, que necesitamos recordar los nombres de los hombres que pusieron su genio al servicio de aquella empresa, para tomarla en serio. Esto consiste en que el desarrollo de los destinos de la humanidad nos ha puesto de manifiesto los designios de Dios. El politeísmo, aún cuando derrotado por la filosofía, estaba tan profundamente arraigado en las costumbres, que siguió viviendo durante seis siglos; pero su ruina era inevitable. En vano la religión popular tenía de su parte el poder de la costumbre, el espíritu de conservación, el apoyo de hombres eminentes, filósofos y políticos; no vuelven á la vida las creencias que han perdido su imperio sobre la conciencia humana.

No se puede negar á los Alejandrinos el conocimiento de las necesidades de su tiempo. El soplo religioso que circulaba por el mundo antiguo inspiraba también á los discípulos de Platon; sentían la necesidad de dar una creencia á la sociedad. Pero se engañaron acerca de los medios; en lugar de dirigir sus miradas hácia el porvenir las volvieron á lo pasado. El culto popular no satisfacía á los filósofos: trataron de trasformarlo. El espíritu ecléctico de los Alejandrinos los disponía para creer que la verdad debía hallarse en el fondo de los mitos antiguos; por medio de una interpretación sutil sustituyeron una creencia espiritual á la antigua religión de la naturaleza y de los sentidos; personificaron los principios de su metafísica en los antiguos dioses; depuraron y regeneraron el culto. Los neoplatónicos creían que de esta manera unirían el espíritu nuevo con la tradición y satisfarían las necesidades religiosas de la sociedad sin romper con las creencias antiguas ni con la civilización, de la cual son elementos esenciales,

(1) VACHEROT, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. III, p. 297; t. II, página 186.

tanto la religion como la filosofía. Pero ¿á qué se reducía aquel politeísmo restaurado? A una especulacion filosófica, buena para los sabios, incomprendible para el pueblo. Para las masas el politeísmo siguió siendo lo que habia sido siempre: el culto de la naturaleza (1).

Nada prueba mejor el error en que habia caído la filosofía que los resultados que produjo. Los primeros neoplatónicos, Plotino y Porfirio, sin dejar de buscar la verdad bajo los mitos del paganismo, no profesaban una fe absoluta en la mitología pagana; por el contrario, acomodaron la religion á sus sistemas. Después de Porfirio, la filosofía se convirtió en religion; aceptó sin reserva el politeísmo, creyó en la existencia positiva de los dioses, en la eficacia del culto que se les tributaba. Los filósofos sacrificaron en los templos, evocaron con palabras sagradas á las potencias invisibles, consultaron los oráculos, buscaron la voluntad divina en las entrañas de las víctimas. Los últimos neoplatónicos fueron ménos filósofos que sacerdotes del paganismo. ¡Qué derrota para la filosofía! La doctrina se resintió de estos extravíos, degeneró en superstición: la teurgia reemplazó á la ciencia como preparacion á la vida divina: el éxtasis y la comunicacion directa con Dios no dejaron ya lugar para el trabajo regular de la inteligencia (2).

Tales fueron los destinos del neoplatonismo. La filosofía se salía de su terreno; extralimitándose de este modo, su ruina era inevitable. Los neoplatónicos sucumbieron en su lucha con el cristianismo; pero ¿quién ha sido realmente el vencido? ¿La filosofía? Léjos de perecer, las grandes verdades descubiertas por los filósofos fueron recibidas por el cristianismo bajo la forma de dogmas. Lo que pereció fué el paganismo, al cual imprudentemente se habia aliado la filosofía. El neoplatonismo debía fracasar en una empresa imposible, la restauracion de lo pasado. Pero el elemento realmente filosófico del neoplatonismo no pereció; es inmortal como la religion, porque es una de las necesidades de la naturaleza humana.

(1) VACHEROT, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. II, p. 98, 183.

(2) *IBID.*, *Historia de la Escuela de Alejandria*, t. II, p. 119, 141, 143.

Aquí acaba la filosofía antigua; ha preparado el cristianismo, ha ayudado á su desarrollo, aún combatiéndolo. Desde ahora el pensamiento va á ejercerse sobre los dogmas cristianos. Pierde en apariencia su libre vuelo; esto consiste en que en la Edad Media las creencias satisfacen á la razon humana; la filosofía y la religion van acordes. Pero llegará un dia en que la filosofía se divorciará de la religion. El cristianismo tiene la pretension de ser inmutable; la filosofía no puede aceptar esta inmutabilidad. Em prende nuevamente la lucha con el cristianismo, y esta vez la filosofía sale victoriosa. Los Celsos, los Porfirios, los Julianos, tienen sucesores; más afortunados que sus antecesores, no combaten por el pasado, sino por el porvenir. Los libre-pensadores aceptan lo que tenía fundamento en la crítica que la filosofía antigua hacia del cristianismo. Atacan la revelacion, la unidad absoluta, y triunfan. Pero, traspasando su objeto, quieren destruir toda religion. No advierten que ellos á su vez preparan una nueva era religiosa. La filosofía y la religion son igualmente indestructibles; pero cada una tiene su esfera y su mision propias. Tal es la gran leccion que nos da la lucha de los neoplatónicos contra el cristianismo.

SECCION II. — LOS PADRES DE LA IGLESIA.

Los Padres de la Iglesia han sido severamente juzgados por la reforma y por el siglo XVIII. La tendencia del protestantismo es á disminuir la autoridad de la tradicion, para atenerse exclusivamente á las Sagradas Escrituras. Bajo este punto de vista, los Santos Padres se confunden casi con Roma y el Pontificado; de aquí resulta que los reformados los tratan como enemigos más bien que como Padres. Esta sorda hostilidad se revela en cada una de las páginas del tratado de Barbeyrac sobre la *Moral de los Padres de la Iglesia*. Los filósofos son todavía más desdenosos. Voltaire, enseñando á algunos amigos dos ó tres estanterías llenas de infolios, les dijo: «Aquí están los Padres de la Iglesia griega y latina; esto